

Sin embargo, la Iglesia, con el pontificado á su cabeza, reúne todas sus fuerzas para recobrar el imperio que ha perdido; obedece á su genio concentrándose en una poderosa unidad; cállanse las divergencias y disidencias, y hasta los orgullosos galicanos consienten en doblegarse ante el sucesor de San Pedro; esta recrudescencia exalta las pasiones de los hombres del pasado, sin apercibirse de que hoy constituye el mayor peligro para la religión cristiana; apenas se siente fuerte la Iglesia por la unidad de sus esfuerzos, cuando vuelve á sus antiguas pretensiones; según el lenguaje de sus más ardientes partidarios, parece que hemos vuelto á la Edad Media. ¡Ilusiones de un poder que se acaba! Tan pronto como se muestra al descubierto la ambición del clero, estalla una formidable reacción contra la dominación clerical, y

esta reacción amenaza hasta el cristianismo; porque al apercibirse los hombres de que puede confundirse con la tiranía intelectual, empiezan á detestar la religión de Cristo; para la Iglesia está el peligro allí donde cree que está su fuerza; si hay salvación posible para ella, no tiene más que un medio de salvarse; repudiar francamente las doctrinas del pasado; pero para esto sería preciso romper con el cristianismo tradicional, abdicar del orgullo del poder temporal, y reconocer que el único poder está en la razón inspirada por Dios; es decir, que la cosa es imposible; la Iglesia continuará por la senda que la traza su tradición, y seguirá la lucha contra el espíritu moderno hasta que se decida la victoria entre el pasado y el porvenir. Para nosotros no es dudoso el resultado.

FIN DEL PONTIFICADO Y DEL IMPERIO

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTE SÉPTIMA

EL FEUDALISMO Y LA IGLESIA

POR DON TOMAS RODRIGUEZ PINILLA

INTRODUCCIÓN

§ I.—El feudalismo

La época que transcurre desde la invasión de los Bárbaros hasta el siglo X es época de transición y de descomposición. La sociedad moderna principia con el feudalismo. ¿Cuál es el carácter distintivo de esta nueva era? Bien claro se ostenta cuando se la compara con la antigüedad. El elemento social es el que domina entre los antiguos: la unidad arranca de la ciudad, círculo estrecho que se va ensanchando siempre, pero atrayéndolo todo á su centro, hasta que Roma impone su nombre al mundo. En la Europa feudal, el elemento dominante es el individuo; todo es en ella particular, todo es local. El feudalismo tiene su origen en la decadencia de la unidad carlovingia; y lejos de propender á la unidad, aspira á una división infinita. En el momento que se establece el régimen feudal, la anarquía parece completa; cada propietario es soberano en sus dominios; se creería que la sociedad iba á reducirse á átomos; digamos más bien que no había sociedad política. La monarquía, única ligadura entre aquellos hombres, desaparecía; se borraban las relaciones del ciudadano con el Estado; y más bien dicho, no había Estado, ha-

bía sólo individuos: lo que se llama instituciones feudales no tenía por objeto más que el libre desarrollo del individuo y la garantía de su independencia.

¿Hay que deplorar aquella ausencia de vínculos sociales y aquel predominio del individuo, como si fuera el reinado de la barbarie? ¿Hay que echar de menos la sociedad romana y su hábil administración? No, el individualismo feudal no es, como se ha dicho, el carácter de una sociedad bárbara ó salvaje (1); es el advenimiento de un principio desconocido de la antigüedad, de un principio que forma la esencia de la naturaleza humana y que debe ser el último fin de toda organización social. ¿Cuál es nuestra misión sobre la tierra más que el desarrollo de nuestras facultades? La sociedad, el Estado, no tienen otro objeto más que el de guiar y ayudar al hombre en su marcha laboriosa hacia ese término de su destino: el individuo es el fin, el Estado es el medio. La antigüedad trastornaba esta

(1) Mr. GUIZOT dice de una manera sobrada absoluta: «El carácter dominante de la barbarie es la independencia del individuo, el predominio del individualismo.» (Guizot, lec. 31).

relación: el hombre era el instrumento; debía ple- garse, sacrificarse, y en cierto modo mutilarse, para dar vida á esa abstracción que se llamaba la ciudad. Cuando la ciudad abrazó al mundo civilizado y se vió obligada á concentrarse en un hombre, ya no hubo vida más que en la cabeza; la muerte invadió los miembros. ¿Cómo devolver la vida á un cuerpo agonizante? ¿Cómo hacer penetrar un fuerte y vigoroso individualismo en el seno de un mundo que perecía por haber abdicado su existencia en provecho de una falsa unidad? Dios se encargó de esa obra; los hombres la hubieran intentado en vano; fué la misión de los Germanos, la misión del feudalismo. El imperio estaba hecho pedazos. Y la concentración excesiva de todas las fuerzas llegó á producir una descentralización universal; surge entonces la vida desordenada, pero fuerte; la barbarie feudal no es más que aparente; la verdadera barbarie estaba en una civilización anémica y corrompida; la barbarie, principio de vida y de progreso, fué un primer paso hacia la verdadera civilización.

¿Quiere esto decir que el feudalismo sea nuestro ideal? No lo quiera Dios; nuestro ideal no está en el pasado, está en el porvenir. El régimen feudal es la dominación exclusiva de un solo principio, el individualismo. Ese carácter exclusivo del feudalismo se comprende bien; era necesaria una reacción llevada hasta el exceso para quebrantar la falsa unidad del imperio y para renovar el mundo. La Providencia dispuso, para presidir á era nueva era, una raza individualista, antisocial por excelencia, la raza germánica, que, apenas establecida en el imperio, comienza su obra de disolución. El Estado desaparece; el poder y la soberanía pasan á los poseedores de la tierra. En vano un hombre á quien la sociedad ha proclamado grande entre los grandes trata de hacinar los elementos particulares para reconstruir la unidad; Carlo-Magno sucumbe bajo el peso de una tarea imposible. Después de él, el genio de los pueblos germánicos, no encontrando ya obstáculos, se despliega á su placer; desaparece todo poder general, y todo se localiza, soberanía, costumbres é ideas. El derecho, esa expresión viva de la sociedad, varía hasta lo infinito. Entre los Romanos, el derecho era el instrumento más activo de aquella unidad que absorbía todas las individualidades nacionales. En la Edad Media, aun cuando existe la unidad de raza,

el derecho pierde todo su carácter de generalidad: cada condado, cada solar, por decirlo así, tiene su costumbre, su ley: aquella es la imagen de la sociedad. La condición de las personas presenta una variedad infinita (1). Los antiguos no conocían más que hombres libres y esclavos. El feudalismo no conocía ni la libertad ni la servidumbre antiguas. Verdad es que hay una clase dominante y una clase dependiente; pero los mismos señores están subordinados, y la condición de los siervos varía desde la abyección que se acerca á la esclavitud romana, hasta un estado próximo ya á la libertad moderna.

En apariencia, la condición de los hombres sufrió degradación. El ciudadano romano no debía servicios á persona alguna, y su tierra era tan libre como él mismo. Bajo el régimen feudal no hubo ya hombres libres ni tierras libres. Entre tanto se realizaba una revolución inmensa. La servidumbre, que los sabios de la antigüedad habían creído eterna, se transformaba, y á la inmovilidad reemplazaba el progreso. ¿Cuál era el principio que entrañaba la mejora en la suerte de la clase más numerosa? Ese principio se encuentran en la constitución de la sociedad feudal, aun cuando ésta parece ser un retroceso. El ideal del feudalismo consiste en una jerarquía cuyos grados se multiplican hasta el infinito, y cada individuo tiene su lugar y ocupa su puesto en esa inmensa escala; ni aun los esclavos están excluidos; se encuentran en lo bajo, pero ellos subirán. La desigualdad de la jerarquía feudal encierra en sí el germen de igualdad. La unidad antigua condujo á una clasificación social que puso á la mayoría de la especie humana fuera de la humanidad. La Edad Media, á través de la diversidad y de la desigualdad, condujo á la unidad y á la igualdad (2).

El individuo domina en la época feudal, pero aquel individuo es bárbaro; su pasión es la guerra; solamente en los combates es donde puede desplegar el exceso de sus fuerzas vitales. De ahí aquel

(1) BEAUMANOIR, *Costumbres y fueros del Beauvois*, prólogo (tomo I, p. 4, edic. BRUGNOT): «Las personas son tan diversas, que en todo el reino de Francia no podrían encontrarse dos condados que observasen en todos los asuntos un mis no fuero ó costumbre.»

(2) GUERARD, poco afecto á los Bárbaros y al feudalismo, tiene una observación que destruye todo cuanto dice contra aquella barbarie: «El feudalismo, después de haber servido de disolvente general, encaminó los hombres y las cosas hacia la unidad, á través de una infinita diversidad.» (*Polyptico del abate Irminon*, t. I, p. 584).

carácter fiero y enérgico de los hombres de la Edad Media; la seguridad que nosotros pedimos á la ley y á la autoridad pública, la pedía el caballero á su castillo y á su denuedo. No nos hagamos, sin embargo, ilusión acerca de nuestros padres: hombres de pasiones violentas y brutales, privados de goces intelectuales, experimentaban una necesidad insaciable de movimiento y de acción material. El feudalismo es una época de luchas incesantes y universales: es el reinado de la fuerza. Los castillos, cuyas pintorescas ruinas admiramos hoy, tenían una terrible realidad en la Edad Media: eran nidos de buitres donde se albergaban hombres de hierro (1). La guerra es la ley del feudalismo, y reinaba allí mismo donde la violencia no debía tener lugar: la justicia era la guerra. Cada cual buscaba su derecho en la fuerza; las guerras privadas eran legales, y la prueba del combate decidía los procesos. ¿Habrà que decir, con los filósofos del siglo XVIII, que el régimen feudal organizó la anarquía con la guerra civil? (2). ¿Habrà que echar de menos la paz del imperio?

La paz del imperio gastó y envileció los pueblos hasta tal punto, que ya no encontraron en sí fuerza bastante para resistir á los terribles Bárbaros. El feudalismo, á pesar de sus continuas guerras, llenó la Europa de poblaciones fuertes y progresivas; preciso es, por tanto, que haya existido en la barbarie feudal algún principio de conservación y de progreso. La fuerza no es un elemento de destrucción entre los Germanos; si destruye, es para regenerar y reproducir. Hay algo de grande y de generoso en la fuerza: la fuerza respeta la debilidad y la protege; la fuerza atrae á la fuerza, y de ahí el compañerismo afectuoso y la abnegación que caracterizan las costumbres germánicas. Ese carácter noble y brillante de los Bárbaros se despliega por medio de la caballería. ¿Qué importa que ésta no haya sido más que un ideal? No por eso acreditará menos las elevadas tendencias que se desarrollan en medio de una sociedad entregada aparentemente al imperio de la violencia; aquella tendencia explica la causa por que las guerras permanentes de la Edad Media, lejos de producir la decadencia y la muerte, dieron ocasión al desarro-

(1) *Vita Johannis, Morinorum Episcopi*, en BOUTQUET, *Scriptores*: t. XIV, p. 230: «Mos est ditioribus quibusque et nobilioribus, eo quod maxime inimicitiis vacare soleant exercendis et cadibus, terra aggerem quantè prevalent celsitudinis congerere.»

(2) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. I.

llo progresivo de la sociedad. Las guerras de la antigüedad fueron más desastrosas que las de la Edad Media. Roma, á pesar de su genio conquistador, se inclinaba, si no á la humanidad, por lo menos á usar con moderación de los derechos de la victoria; y, sin embargo, sembró de ruinas el mundo: ciudades y pueblos perecieron ó se redujeron á esclavitud, y la política del Senado fué impotente para evitar aquellos males. En la Edad Media hay pocas guerras de conquistas; las fuerzas desunidas y diseminadas se debilitan, y esa debilidad llegó á ser tan grande, que la Europa entera, aun cuando sublevada por el entusiasmo religioso y animada por la pasión de los combates, fracasó en la empresa de las cruzadas. Aun allí donde hubo conquistas, cambiaron éstas de carácter; los vencidos ya no perecían ni se veían reducidos á servidumbre, eran solamente expropiados; y unidos á los vencedores por la comunidad de raza, de religión y de costumbres, acabaron por fundirse con ellos. La conquista no destruía ya las naciones, sino que las fundaba.

Tal fué la grande obra que se preparó lentamente y durante los largos siglos que separan la era moderna de la antigüedad. Los antiguos no conocían naciones, sólo conocían imperios, y las monarquías universales son el sepulcro de las naciones. Son éstas obra de Dios; y dotadas, como los individuos, de facultades especiales, cada una llena su misión en la obra general del género humano. La unidad, la armonía que buscaban los conquistadores antiguos por medio de una monarquía universal no se realizará sino mediante la formación de las naciones; y cuando cada individualidad humana haya encontrado su organización, sus límites y su esfera de acción, nada la estimulará á salir de ella. La misión de la Edad Media ha sido la de elaborar los gérmenes de las futuras nacionalidades. Ciertamente que éstas no existen ni aun se vislumbran bajo el régimen feudal, dentro del cual la idea misma de nación era ignorada y el nombre de patria era desconocido; verdad es que no se ve allí ninguna asociación grande, y que las pequeñas sociedades feudales viven aisladas y casi desconocidas unas de otras, lo cual produce aquellas odiosas costumbres que tratan al extranjero como enemigo; si aquel aislamiento se perpetuara, llevaría tras de sí el embrutecimiento, la corrupción y la muerte. Pero hay en la raza germánica una